

oda a miguel hernández

Miguel Hernández, Miguel.
Ya vendrán los atardeceres
buscando las últimas esquinas,
y dos mil palomas se sentarán sobre tu nicho
para devorar a las serpientes
que destrozan tu cráneo.
Y sembraremos centenares de jazmines
sobre tus huesos rotos
para que no llores por las noches.

Miguel Hernández, Miguel.

Los niños se hartan de reír
con las películas de Walt Disney.
Pero cuando sean mayores
leerán tus versos
y buscarán tu corazón
para repellarlo por todas las paredes del mundo.
Pintarán tu ataúd
para que lo tengas siempre limpio.

La muerte mamará mala leche
para quien intente estrujar cualquier cordero inocente.
Por eso yo te evoco esta noche,
porque tengo un ojo tuyo
en un bolsillo de mi chaqueta
y quiero devolvértelo.
Pero yo te pido a cambio
un pedazo de tu pena,
para no quedarme tan solo.
Para tener algo de ti como recuerdo.

Miguel Hernández, Miguel.

La tumefacta ironía del alfabeto
se muere de vergüenza cuando te llamo.
Un incensario de lirios coronarán
los versos de esta oda
que te escribo con bolígrafo rojo
para recordar la sangre de tus cabras
que murieron sacrificadas.

Miguel Hernández, Miguel.

Nada ha cambiado. Una danza absurda de puñales
matan a millares de toros todos los veranos.
Tú escribirías chorreones de poemas
con las ramas heridas de sus costados,
y con el bisturí de la esperanza
intentarías aliviar la pena del toro.
Pero todo es inútil. Tú lo sabes muy bien.
Los toros seguirán muriendo en el esfuerzo de ahogar
el clarín que anunció su muerte.
Porque tú sabes muy bien que la muerte es irremediable.

Crecerá la espiga y comeremos pan
hasta el final de todo. Hasta descomponernos en el polvo
prometido.
Hasta que nos encontremos contigo en el abrazo infinito.

joaquín lobato